

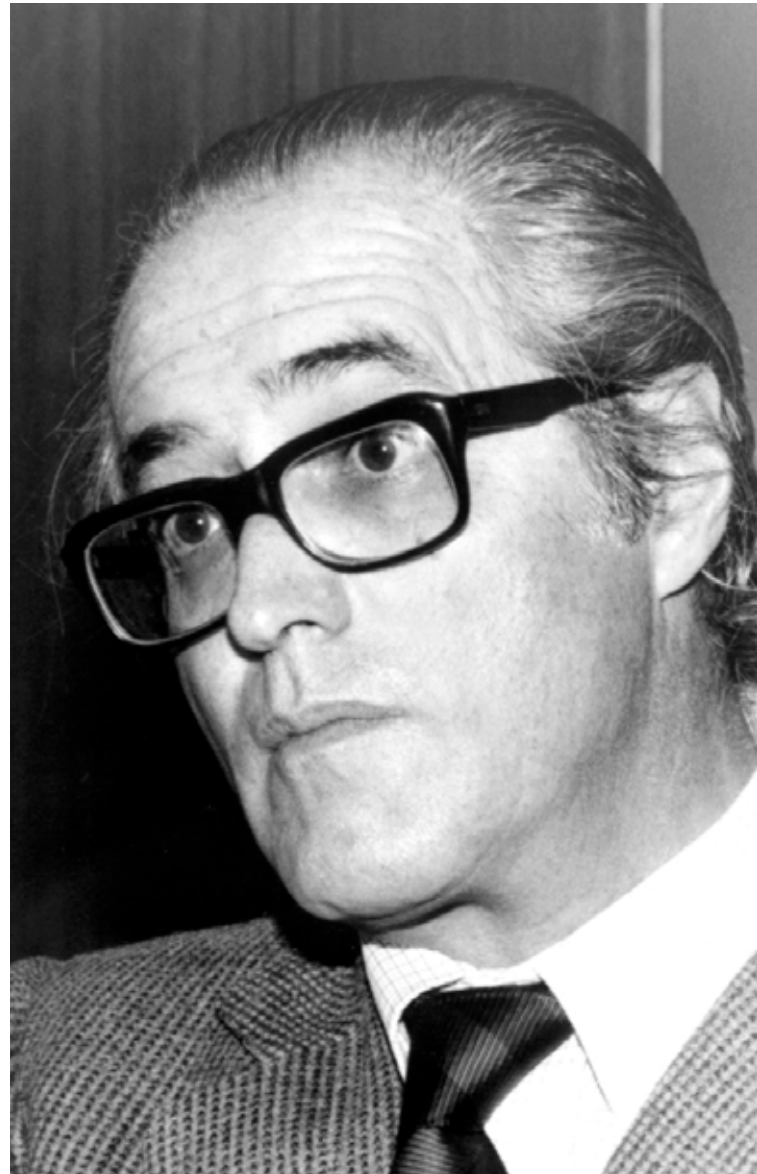
Testimonio de un filósofo

Ramón Castillo

AL HABLAR SOBRE ALGUIEN cuya vida estuvo consagrada a la filosofía, la responsabilidad más inmediata a la que uno se enfrenta es la de hacer evidente una lucha auténtica como pocas. El talante insumiso debe ser una exigencia, acaso un rasgo de la personalidad o, al menos, una postura ante el mundo que es preciso distinguir. Abrazar la verdadera práctica filosófica, hay que señalar con vehemencia, implica mucho más que sólo leer o comentar textos canónicos de la sapiente tradición escolar.

En su expresión más nítida y potente, no pensamos sólo en una disciplina cuando hablamos de filosofía sino de un riesgo vital, un desacato contra los poderes y sus instituciones, pero, en mayor grado, contra uno mismo. De ahí que Montaigne dijera con perspicacia que filosofar es aprender a morir. Tanto en un sentido biológico como en uno metafórico, la muerte no señala sólo el final de una condición, sino la fase de un proceso vigoroso. La termodinámica sugiere que el universo entero camina hacia las orillas de la nada. Este movimiento entrópico, no obstante, es una lucha perpetua en la que bullen intensidades, fuerzas que se oponen y suscitan la invención, la inconformidad y, con mayor énfasis, la necesidad de aprender y crear.

Morir, pues, en un sentido allende las contingencias del organismo, remite a una pugna interior con resultados siempre diversos. Es, de alguna forma, asumir un compromiso con la crítica y la inteligencia; cuando ambos ingredientes se mezclan, el resultado suele ser un



Fotografías: CIDHUAM

corrosivo sentido que cuestiona todo de manera reiterada. La duda surge no nada más del asombro, también emana de una resistencia ante el universo. Una luz se enciende y comprendemos que la filosofía se revela en la práctica no en el discurso.

Se filosofa cuando se inquiere sobre la verdad de las cosas tanto como cuando se decide no rendir culto a los usos y costumbres heredados por la sociedad, la academia, el gobierno o la religión. Por eso resulta tan lamentable la muerte de Luis Villoro y, sin embargo, de igual manera ese es el motivo de celebración de su obra. El autor de *Los grandes momentos del indigenismo en México* dictó brillante cátedra en las aulas, pero la hondura de su enseñanza no sólo quedó grabada en libros, también se patentizó congruentemente en su persona.

Los religiosos suelen utilizar una expresión para definir el acto que demuestra al mundo el convencimiento y la fidelidad a sus creencias: dar testimonio. El mensaje que propagan con esto es que no necesitan la táctica guerrillera de utilizar ensalivados discursos para convertir a los infieles; en su lugar, el comportamiento que guarden deberá ser la prueba fehaciente de que viven en gracia. Aunque la mística que subyace a tal comportamiento es incompatible con el autor de estas líneas, reconozco que cualquier pensamiento, antes que articularse en llamativas poses, cobra mayor relevancia cuando se vive en toda su plenitud.

A partir de ese compromiso, entendemos que para Luis Villoro, la célebre sentencia kantiana que invita a pensar por uno mismo fue letra viva. En ella encontró impulso y no cierre. “Cada quien —escribió en *El concepto de ideología y otros ensayos*— debe examinar por sí mismo los fundamentos de sus creencias. Por eso la transmisión de una verdad filosófica es lo contrario del adoctrinamiento”. Villoro sugiere que despertar al maestro interior que cada uno de nosotros guarda es la verdadera potencia, el fin auténtico de todo pensamiento; en otros términos, la filosofía, como enseñó Sócrates, se transmite por contagio.

Con su testimonio, este pensador nacido en España y naturalizado mexicano demostró de manera

relevante que en lo cotidiano también es posible hacer filosofía, y no sólo en ponencias o artículos de abstruso aparato crítico, digeribles para una élite que se mira el ombligo en congresos y simposios. Juan, su hijo, cuenta dos anécdotas por demás significativas respecto de esta faceta de su padre.

Al recibir una herencia inesperada, el doctor en filosofía congregó a su familia y les dijo: “Hemos recibido un dinero que no hemos hecho nada para merecer y que debemos regalar.” Luego, agrega Juan: “A los diez años me pareció estupendo salir a Bucareli, donde vivía mi abuela, a aventar billetes”.

La segunda, todavía más hermosa, fue cuando junto con Heberto Castillo, Luis Villoro decidió crear una “taquería revolucionaria” como modelo de revitalización económica para México. Por supuesto, había que comenzar a una escala menor, por lo que sería, en una primera fase, un mecanismo para inyectar recursos al Partido Mexicano de los Trabajadores. Heberto Castillo señaló que nuestra identidad nacional se fragua en el pliegue seductor del taco, apotegma que no admite contraargumento alguno, por lo que se aceptó que las tortillas fueran vehículo de emancipación.

El alumno de José Gaos, tras probar y evaluar el producto, narra su hijo, “se decidió a opinar: los tacos eran magníficos, pero le parecían iconoclastas. Tenía razón. No había tacos al pastor, ni al carbón, ni quesos fundidos. Todos eran tacos de guisados: tinga, rajitas con mole, chicharrón en salsa verde... Heterodoxo incorregible, Heberto declaró que esa sería nuestra ventaja: la taquería revolucionaria debía ser distinta”.

A la luz de estos capítulos luminosos de alegría y coherencia, Luis Villoro demostró con plenitud que por su naturaleza y alcances el pensamiento filosófico es disruptivo, es decir, rompe y rasga, quiebra, violenta de maneras no físicas sino mentales aquello a lo que se acerca. En virtud de esto uno se cuestiona si hay algo más transgresor que salir a la calle y actuar.

Liberación y autenticidad, a eso se reduce el ejercicio crítico que sale más allá de los recintos de lo mismo. “La reforma del entendimiento suele acompañarse, así,



de un proyecto de reforma de vida y, eventualmente, de una reforma de la comunidad". El testimonio como ejercicio radical para cambiar formas de pensamiento. Así vivía Villoro.

Una lección para subrayar es comprender a la filosofía como un proceso y no una materia; no una serie de datos y digresiones sino una obligación con el mundo y los otros, en conjunto con uno mismo. Esta postura, que no carece de rigor, tampoco entra en conflicto con el razonamiento ordenado, sistemático y serio, como lo muestra su rica y extensa obra.

En *El poder y el valor*, Villoro ejemplifica la fuerza de su capacidad analítica, a la vez que ofrece claves para observar una postura crítica ante el mundo. Él desea suscitar una variación, una puesta en marcha de sus ideas, hacer que los conceptos caminen por las calles. Por esto, celebra los ejemplos de Gandhi, Luther King y los indígenas zapatistas como una muestra de lo que

debe ser el contrapoder; en palabras distintas, no se busca otra cosa más que despertar a la sociedad contra los abusos, oponerse y limitar los agravios mediante la exposición de una voluntad autónoma. En definitiva, la ética política debe partir y dirigirse hacia la consolidación de la dignidad de los hombres y la disolución de las injusticias.

Se confirma su obra como radical y vivificante cuando sabemos que obsequió su biblioteca con el fin de no tener ataduras que lo anclaran en sus viajes al sureste del país para visitar a las comunidades zapatistas. Un acto de este tipo es tan elocuente que a muchos puede abrumar, quizá parecer absurdo, cuando es, por el contrario, por demás lógico. El conocimiento cobra una relevancia nueva si tiene una aplicación en el terreno que pisamos todos, si se convierte en un beneficio que permita hacer más llevadero nuestro paso por este páramo. La integridad que lo impulsó ayuda a entender las dimensiones de sus textos. La filosofía baja de su pedestal para, en el sentido que Marx deseaba, transformar al mundo.

Libertad, desacato, ruptura, alternativa y lucha son en él más que palabras, hay un acercamiento específico en el que mente y sensibilidad se aúnan para darle sentido al mundo, para acercarse a una colectividad auténtica que sostenga el respeto por el individuo y la búsqueda de un bien general.

Villoro nos dice que es preciso fundar nuestras tentativas en algo más amplio que nosotros mismos; sin duda, su enfoque tiende a una comunión secular. En el cinismo de un tiempo descastado como este, percibimos que en el fondo de todo ello hay un aire utópico, pero, justo por tal razón, caemos en cuenta de que es necesario apostar por la realidad y nuestro deseo de hacer posible su cambio. ▀